

PREFACIO

—Sí, seguro. Los tengo delante y el código coincide.

Apenas podía oírlo. El operario se hallaba inmerso en el maremágnum de contenedores y cerca de la vorágine de grúas que bregaban con la carga de los enormes navíos atracados en el muelle Príncipe Felipe.

—Vale, gracias —contestó Andreu Valdés y colgó el teléfono, resignado.

De los once dígitos impresos en cada contenedor, los tres primeros identificaban al propietario. Eran los suyos, los que había hecho traer él desde muy lejos.

Desde el gran ventanal del Departamento de Servicios Marítimos abarcaba con la vista, al fondo, la terminal de contenedores al completo. Como si se tratara de piezas de Lego, se alineaban y apilaban en varias alturas los recipientes de acero corten, muy resistente a la corrosión atmosférica. De colores variados, predominaban los rojos y amarillos, pero siempre desvaídos y mates, rendidos al sol. Entre las torres de bloques cruzaban calles anchas y una gran avenida de tres carriles bordeaba todo el conjunto. En el horizonte se divisaba el mar, detrás de la zona de atraque, donde los buques cargados hasta los topes de contenedores quedaban empequeñecidos por las colosales grúas que se descolgaban sobre ellos, desde el muelle. Un laberinto de carreteras y vías de tren confluían en el extremo de la gran explanada de hormigón, y una hilera de grandes camiones hacía cola para entrar y salir por el control de acceso y aduanas. En primer plano, antes del inmenso paisaje de cajas de colores, contrastaba el encantador y armonioso puerto deportivo, abarrotado de blancos y relucientes veleros y yates.

Aquella mañana Andreu Valdés debería haberse sentido complacido y de buen humor porque los estibadores habían descargado a tiempo, algo cada vez más inusual. Si el buque hubiera tenido que pasar otra jornada en puerto, las pérdidas habrían resultado cuantiosas. Sin embargo, un sentimiento de culpabilidad lo carcomía por dentro.

Antes de llamar y de que se confirmaran sus peores sospechas ya había tenido casi total certeza de su error. Había revisado la documentación enviada por él mismo al secretario del consignatario del puerto de Colón, en Panamá, y no había encontrado por ningún lado la reseña. Si no se les indicaba expresamente el tipo de contenedor, los panameños despachaban por defecto con el *Dry Van* de veinte pies, cerrado herméticamente y sin ventilación. Era el modelo estándar, pero en este delicado transporte habría supuesto un desastre. El operario, al constatar el tipo de contenedores que se habían desembarcado, había dilapidado el resquicio de esperanza que albergaba Andreu.

Era ya hora de marcharse a casa a comer. Rutinariamente se despidió de los compañeros que quedaban y, antes de llegar al ascensor, ya había decidido que iría a pie en lugar de coger el coche, como acostumbraba. De esa manera, durante el largo camino hasta el barrio de Nazaret, aprovecharía para llamar a Espinosa y darle las malas noticias. Necesitaba reflexionar, estudiar bien lo que le diría y cómo encauzarlo para que no se lo tomara demasiado mal. Aunque hacía algo de fresco, tal vez excesivo para el mes de abril, el sol de mediodía y la brisa marina le ayudarían a despejarse y pensar con lucidez.

Se trataba de un paseo agradable, bordeando el perímetro interior del puerto y pasando junto a la dársena del Turia, donde a menudo se oteaban colosales petroleros atracados a ambos flancos. Más adelante, cuando llegase el calor, habría más posibilidades de ver algún *ferry* de los que van o vienen de las Baleares. Para alguien como él, a quien le gustaba respirar el ambiente portuario, todo aquello era un deleite para los sentidos.

Desde niño había crecido rodeado de barcos, olor a gasoil y grasa de motor. Hasta que restringieron el paso, había pescado mújoles con sus amigos, desde el muelle, descolgando a mano sedal y anzuelo con miga de pan. Ya siendo muchacho trabajó de cualquier cosa que le ofrecieran, pero nunca lejos del puerto. Durante un par de veranos se dedicó a limpiar la lonja de pescado, la de la dársena interior, que sustituyó a la original del Cabanyal. Ocasionalmente hacía suplencias de estibador y más adelante trabajó de mecánico en un taller náutico, encomendado a las tareas más sucias y ordinarias, como cambiar el aceite a los motores fueraborda de los turistas, durante el estío. Fue una suerte que lo recomendaran, años atrás, nada más terminar los estudios, para aquel trabajo de oficina que le había permitido establecerse y formar una familia. Había que dominar la burocracia y a veces era monótono, pero le mantenía cerca del mar, su hábitat, y frente a los espigones que le habían visto crecer. Aunque tras la construcción del circuito de Fórmula 1 se había perdido parte del encanto, pensaba mientras observaba los antiguos tinglados del puerto,

en la recta de meta, que alojaban ahora los boxes de los equipos durante las carreras.

El señor Valdés cruzaba el puente de Astilleros, ya en el tramo final de la caminata, todavía con el teléfono móvil en la mano, sin haber iniciado aún la comunicación. Quería pensar bien qué le diría a Espinosa. Nunca le había fallado de esa manera, y se reprochaba una y otra vez el haber cometido un descuido en el papeleo, su especialidad. Lo achacaba a un exceso de confianza, o a una relajación en su trabajo, pero poco importaba ya. Tantos años gestionándole los cargamentos... tanto los oficiales y limpios como los que venían con contrabando... Toda la confianza acumulada se había ido al garete. Ahora probablemente elegiría a otro para sus chanchullos, y no tendría problemas para encontrarlo: cualquiera de su sección dispuesto a correr un pequeño riesgo aceptaría encantado. Se conseguían unos pingües ingresos extra y bastaba con mantener buenos contactos y colaboradores, tanto entre las navieras como entre el personal del puerto, y llevar el asunto con diligencia y discreción.

Se lo diría sin tapujos: había sido un error suyo, y no buscaría excusas. Había olvidado especificar el tipo de contenedor, y sin ventilación, durante una larga travesía bajo el sol, la carga se habría echado a perder dentro de aquellos hornos de metal. Aunque se había esfumado un montón de dinero, esperaba que tuviera en cuenta su larga trayectoria colaborando con él y todo lo que había ganado gracias a su esmero. Habían sido ya, al menos, una veintena de remesas con «valor añadido», como solían llamarlo, traídas desde el otro lado del océano y sin el menor problema. Por no hablar de las importaciones legales para la empresa de Espinosa, que eran pura rutina, y Valdés gestionaba los trámites como al cliente le gustaba, como le había instruido el propio Espinosa durante largos años.

Apagó el ordenador al terminar la jornada, algo más animado. Durante la comida su esposa, notándolo muy callado, le había preguntado si había algo que le inquietase. Con premura Valdés lo negó y disimuló buscando algún tema de conversación alternativo, pero la realidad era que había estado sumido en sus reflexiones, sacando conclusiones sobre lo que había hablado con Espinosa. Tras la conversación telefónica se llevó la impresión de que no se lo había tomado muy mal, al fin y al cabo. Fue parco en palabras y finiquitó la conversación rápidamente, pero nada más allá, no hubo una explosión de furia, como había vaticinado en sus peores augurios. De vuelta a la oficina, por la tarde, le habían informado de que los grandes *trailers* habían comenzado a llevarse toda la mercancía, sin distinción. El procedimiento era el de siempre. Espinosa no

había tomado medidas extraordinarias, seguramente para no levantar sospechas. La única diferencia era que esta vez no habría «valor añadido».

Se dirigió a por su coche al aparcamiento del edificio, un solar contiguo toscamente encementado que ponía la empresa a disposición de los empleados, siendo el orden de llegada por la mañana la única regla a la hora de decidir quién tenía plaza y quién no. Por esas fechas ya solía haber algo de claridad cuando salía y ponía el pie en la acera, pero en aquella ocasión, por unas cosas y otras, se había retrasado y era ya prácticamente de noche: apenas se atisbaba el crepúsculo por poniente, entre los edificios de la ciudad.

Ya en su vehículo, Valdés iba a incorporarse a la calle desde el rudimentario aparcamiento de la empresa, pero frenó al ver las luces de un coche grande de color claro, al que tendría que ceder el paso. En un principio pensó que circulaba, pero realmente se hallaba parado, probablemente esperando que algún compañero saliera del edificio, por lo que continuó. Unas cuantas manzanas más adelante, al entrar en la rotonda para salir del recinto portuario, observó por el espejo retrovisor que le seguía de cerca el mismo turismo. Sin concederle importancia, prosiguió por la avenida hacia su querido barrio de Nazaret.

Le sonó el móvil, lo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Pensó que se trataría de su mujer, que estaría de compras en el Mercadona, según le había anunciado a mediodía, y llamaría para saber si quería algo en especial; sin embargo, el número que aparecía en la pantalla no pertenecía a ningún contacto conocido. Descolgó, no sin antes comprobar que no hubiera luces que delataran a una patrulla de la Guardia Civil.

—Te vamos a adelantar —sonó una voz que le resultaba familiar—. Síguenos, el jefe quiere hablar contigo.

Parecía Joan, con quien trataba a menudo los detalles sobre envíos y cargamentos, sobre todo cuando Espinosa no podía hacerse cargo de ellos por algún motivo. Miró por el espejo y comprobó que era el mismo automóvil grande que le había estado siguiendo. Gracias a la buena iluminación de la avenida, observó que se trataba de un sedán, un Audi color gris plata, y que había al menos dos personas en su interior.

Aceptó y el interlocutor colgó sin despedirse. Supuso que le guiarían hasta algún bar o cafetería. El señor Espinosa acostumbraba a tratar sus negocios ilícitos por correo electrónico, utilizando una cuenta con nombre de usuario falso. No era de su agrado discutir los pormenores de las operaciones de contrabando en persona ni por teléfono, temeroso quizás de ser grabado o traicionado de alguna manera. Aunque sí se reunían ocasionalmente en el edificio del puerto para tratar asuntos oficiales, limpios, como las gestiones de las importaciones

que realizaba el departamento de Valdés, o para revisar o firmar los contratos. Los temas que quedaban al margen de la ley los llevaba Valdés exclusivamente para Espinosa, a escondidas del resto de la plantilla, y en las contadas ocasiones en que era imprescindible tratar algo en persona, nunca se citaban ni en su oficina ni en la empresa de Espinosa, sino en algún bar o lugar público donde pudieran hablar de forma anónima.

Lo adelantaron por el carril izquierdo y Valdés aprovechó para echar una mirada, con la intención de saludar con la mano, escueta pero cordialmente. Sin embargo, para su desazón, el señor Espinosa, que iba de copiloto, ni siquiera se dignó a girar mínimamente la cabeza a su derecha. Con gesto serio miraba al frente, imperturbable, mientras el vehículo pasaba raudo y se colocaba delante. Valdés aceleró para seguirles, empezando a ponerse un poco nervioso. Espinosa nunca había sido muy amigable, pero por el semblante que había vislumbrado, iluminado vagamente por las farolas de la avenida, era probable que el empresario se sintiera realmente contrariado. Valdés se tranquilizó aferrándose a la idea de que todo se podía negociar, dialogando se entenderían. Estaría dispuesto a renunciar a sus abultadas comisiones en el próximo despacho, para compensar, al menos parcialmente, las recientes pérdidas.

Pasaron de largo el desvío que tomaba siempre Valdés para adentrarse en su barrio y se encaminaron por otra avenida de reciente construcción, con el asfalto nuevo, pero aún sin alumbrado. Atravesaron urbanizaciones a medio terminar y solares oscuros con montones de escombros desperdigados. Más adelante, a ambos lados de la calle, las parcelas se encontraban desiertas, pero urbanizadas, divididas en cuadrados, con aceras, alcorques para árboles y contadores de luz delimitando oscuros terrenos baldíos de tierra y arbustos. Parecía que fueran a construir en próximas fechas, pero más bien llevarían años así, y permanecerían tal cual otros cuantos, tras el desplome del mercado inmobiliario. Observó, a mano derecha, las luces de la autopista del Saler, de la que se alejaban.

Valdés no conocía muy bien esa zona, pero no le sonaba que hubiera zonas residenciales habitadas, ni bares o locales similares donde reunirse. Una sospecha terrible afloró en su cabeza, e hizo un esfuerzo ímprobo para aplacarla y conservar la serenidad.

La avenida degeneró en lo que aparentaba ser una vía agrícola mal asfaltada y llegaron a una zona rural, con cortijos salteados en los que brillaban débiles luces y resaltaban los contornos de algunas palmeras en la oscuridad. Se veía cada vez más campo y menos edificaciones o zonas habitadas. Pasaron amplias extensiones de cultivos protegidos del relente con plásticos, dispuestos en filas